

¿Quiénes somos

el hatajo de millones de seres que poblamos el globo terráqueo?

Repitió, empujando su carro de la compra y mirándome con incredulidad.

Me limité a pestañear dos veces, asintiendo.

¿Quiénes somos?

Lo empujó con el pie y recolocó un manojo de puerros que asomaba por un costado para, de inmediato y con los ojos fijos en mí — o, bueno, en mi imagen en el espejo que viene a ser más o menos lo mismo — y muy abiertos, proseguir.

¿A qué estirpe o ralea pertenecemos?

¿Cuáles son los honores de los que nos consideramos dignatarios?

¿Qué cualidades nos confieren distinción para ostentar el título de seres racionales?

¿Dónde están los méritos que nos facultan para ejercer dominio sobre el resto de todo lo creado tanto si es de índole material o inmaterial, tangible o intangible?

¿Es eso lo que me estás preguntando?

Ahora quien la miraba — o, bueno, a su imagen en el espejo — con incredulidad era yo.

Cabeceó un par de veces sacando su monedero del bolsillo del abrigo, y hurgó en él buscando su llave.

Es algo que...

Como absorta ahora en la contemplación de la llave que tenía en la mano derecha y frotándola, con el índice y el pulgar de la izquierda, como si le quisiera sacar brillo...

... yo misma me he preguntado muchas veces.

Giró de repente la cabeza y, mirando — un poco desde abajo (o hacia arriba) porque es una mujer pequeña — ahora sí a mí y no a mi imagen en el espejo...

Y nunca he sabido contestarme.

Habíamos llegado a nuestro piso — el quinto; vivimos colindantes, ella en el número 3 y yo en el 4 — y forcejeaba de nuevo con el carro mientras sujetaba yo la puerta.

Jamás he encontrado las respuestas.

Consiguió al fin girarlo, con las dos manos tras haber devuelto el monedero — que ya no necesitaba y sólo entorpecía sus movimientos — al bolsillo del abrigo...

¿Quiénes somos

Intento entonces escuchar a los que por el tono que utilizan y la seguridad con que pronuncian las palabras se diría que las conocen...

Empujaba ahora el carro por el descansillo, como alejándose, y entendí que — como el descansillo es largo, pero estrecho —, lo hacía para que pudiese yo cerrar el ascensor.

pero lo único que llega a mis oídos y aún más allá porque alcanza incluso al centro mismo del alma y su sentir es la...

Regresaba, empujando su carro con sus puerros como las madres jóvenes empujan sus sillitas con bebés; y se paró, en seco y hablando como para sí musitó **qué hora es** para, sin esperar respuesta, **mi hijo está a punto de llegar, trabaja cerca y vive lejos**, terminar su discurso con **detonación estrepitosa de una ignorancia a la que aventaja en muy poco la mía.**

Y que optaba, ante la decepción — pero ya muy deprisa trasteando impaciente en la cerradura —, por no atender a los que saben y elegir (dijo) no decir ella tampoco algo que pueda tener visos ni aun remotos de sensato, y vagar por el terreno de lo ilógico y moverse como un pez en la transparencia incolora del agua corriente y vulgar en la que se desenvuelven tres a los que suele (confesó) olvidar el cambiársela con la frecuencia deseable y, por eso, estaba siempre un poco amarillenta...

Así que, lo de la transparencia, no iba en serio y era sólo una manera de jugar con las palabras normales, cotidianas, no distintas de tantas otras de cuantas se utilizan para enturbiar la verbalización de una realidad opaca.

Y, quitándose el abrigo tras haber colgado las llaves en un clavo, que la perdonase, que de verdad le daba lástima no haber sabido contestarme; y, con la mano en el borde de la puerta justo antes de cerrarla que, pero, por favor me lo pedía, abandonase esa creencia disparatada de que la imagen, propia o ajena, en un espejo, viene a ser más o menos lo mismo que la propia imagen, propia o ajena, de uno mismo o de cualquier otro.

Y que no me confundiese.

Ni con las imágenes ni con las propiedades de las imágenes ni de las personas ni de las palabras.

Y que se le había olvidado una lata de guisantes, ahora que se acordaba.